

Macià y el gigante que había perdido el paso

Macià tenía seis años y tal pasión que apenas le cabía dentro del pecho: los gigantes.

Conocía sus nombres, sabía distinguir el sonido de la gralla del latido del timbal y, cuando había pasacalle, era el primero en llegar a la plaza. Se sentaba muy cerca, con los ojos abiertos de par en par, para ver cómo las figuras empezaban a girar.

—¡Cuando sea mayor, quiero llevar un gigante! —decía.

Un sábado por la mañana, la plaza del pueblo olía a fiesta. Los músicos afinaban las grallas, los tamborileros probaban sus redobles y la colla de gigantes preparaba a Roc, el gigante más alto de todos. Llevaba una faja roja, una capa azul y una sonrisa que parecía capaz de iluminar todos los balcones.

Macià miraba cómo le ajustaban el vestido cuando oyó una voz muy baja:

—Ay, ay, ay…

Miró a derecha e izquierda. Nadie parecía haberla oído.

—Ay, ay, ay… Hoy no podré bailar.

La voz venía de dentro del gigante.

Macià se acercó y preguntó en un susurro:

—Roc, ¿eres tú?

—Sí —respondió el gigante—. He perdido el paso.

—¿Cómo perder un paso?

—Ayer lo sabía: uno, dos, vuelta; uno, dos, vuelta. Pero esta mañana me he despertado y ya no lo recordaba. Si salgo así, haré tropezar a toda la colla.

Macià pensó un poco. Quizás un paso perdido se escondía como lo hacían los calcetines, bajo una cama o detrás de una puerta. Miró bajo la capa de Roc, junto a los caballitos e incluso dentro de un estuche de gralla. Nada de nada.

Entonces oyó a los músicos.

Tararí, tarará! ¡Bum, bum, bum!

Sin darse cuenta, el pie de Macià empezó a marcar el ritmo.

Uno, dos, vuelta.

Uno, dos, vuelta.

—¡Roc! —exclamó—. Tu paso no es algo que puedas encontrar en el suelo. Quizás vive dentro de la música.

—Pero yo soy demasiado grande para sentir algo tan pequeño —dijo el gigante.

—Pues le escucharemos entre todos.

Macià fue a buscar a Jana, la jefa de la colla, y le contó que Roc necesitaba ensayar un poco. No le dijo que el gigante hablaba, porque aquello era un secreto entre ambos.

Jana reunió a los portadores de gigantes.

—Empecemos despacio —dijo—. Nadie nace sabiendo bailar.

Los tamborileros hicieron un latido suave.

Bum… bum… bum…

Macià dio palmadas.

—¡Uno, dos!

Los portadores movieron a Roc hacia un lado y hacia el otro.

—¡Ahora la vuelta! —dijo Macià.

El gigante giró con mucho cuidado. La primera vuelta quedó un poco torcida. En la segunda, la capa se le enganchó. En la tercera, un portador puso el pie donde no tocaba y todos tuvieron que parar.

—No me saldrá —murmuró Roc.

Macià apoyó la mano en su falda.

—Cuando aprendo algo nuevo también me equivoco. Pero cada vez que lo vuelvo a probar, mi cuerpo recuerda un poco más.

Los portadores respiraron, los músicos volvieron a empezar y Macià marcó el ritmo.

—¡Uno, dos, vuelta!

Un intento.

—¡Uno, dos, vuelta!

Dos intentos.

—¡Uno, dos, vuelta!

En el tercero, la capa azul dibujó un círculo perfecto en el aire.

—¡Lo he recordado! —se celebró Roc.

En ese momento sonaron las campanas. El pasacalle estaba a punto de empezar.

La plaza se llenó de familias. Los niños subían a las puntas de los pies y los mayores levantaban los móviles. Cuando las grallas tocaron la primera nota, Roc avanzó.

Uno, dos, vuelta.

La gente aplaudió.

Uno, dos, vuelta.

Roc bailaba seguro y alegre. Su capa azul volaba como una ola y la faja roja brillaba bajo el sol. Macià caminaba junto a la pandilla, dando palmas para que el gigante no perdiera el ritmo.

Al llegar al centro de la plaza, la música se detuvo un instante. Roc se inclinó ligeramente hacia Macià.

—Este baile también es tuyo —le susurró.

Jana, que había visto cómo Macià había ayudado durante el ensayo, le ofreció una cinta pequeña con los colores del grupo.

—Hoy nos has recordado algo importante —dijo—. Una colla no avanza porque una sola persona lo haga todo perfecto. Avanza porque nos escuchamos, nos ayudemos y volvamos a probarlo juntos.

Macià se ató la cinta a la muñeca. Se sentía más alto que cualquier gigante.

Cuando el pasacalle se reanudó, el pueblo entero siguió el ritmo:

Uno, dos, vuelta.

Uno, dos, vuelta.

Y desde ese día, siempre que Roc dudaba o algún gigante se equivocaba, buscaban a Macià entre la gente. Él levantaba la muñeca con la cinta de colores y palmeaba.

Porque los pasos se pueden olvidar, pero cuando un grupo late unido, siempre los puede volver a encontrar.